

LA VUELTA A



Desde hace días se perfilaba el triunfo de Wolfshohl, proclamado vencedor absoluto de la prueba.



NO es preciso hacer mucha fuerza para convencer a los aficionados de que la Vuelta Ciclista a España ha constituido una nueva decepción. El gran público no ha salido todavía de su sorpresa.

Con echar un repaso a la clasificación general, se observa la neta preponderancia extranjera. ¡Y eso que Rudi Altig y Thielin, por diversas razones —lesión y enfermedad—, se quedaron fuera de combate cuando iban óptimamente situados!

Que Van Looy se haya emborrachado ganando etapas, es algo que puede admitirse, porque el «galgo belga», desde la retirada de Poblet, el paso de Van Steenberghe a la pista y la vejez de Darrigade, se ha quedado solo en eso de ganar un «sprint» como Dios manda y, a veces, hasta como el diablo ordena.

Pero el conjunto de la actuación española ha sido tan desmayado que cuesta admitir que se deba sólo a razones técnicas o deportivas. Incluso en la escalada, nuestra representación ha sido batida en toda la línea, y sólo a la dejadez del pelotón, sabiendo que se trataba de hombres poco peligrosos, puede achacarse el éxito —pírrico por lo demás— de la etapa reina de Andorra.

Parece como si, siguiendo viejas y tristes tácticas, los españoles han reducido todos sus talentos a la misión de fastidiarse entre ellos. La lucha de equipos y de marcas no ha sido nada beneficiosa. Así como en fútbol lo que importa, más que marcar goles, es que no se los marquen a uno, así en esta Vuelta a España el lema parece haber sido: «Con que la gane un español, todos felices».

A ESPAÑA SIN ESPAÑOLES



Bahamontes falló. Nuestra «estrella» del ciclismo se reserva, quizá, para echar el resto en el Tour.



«Vedette» de la Vuelta, Van Looy se clasificó en el tercer puesto, después de Wolfshohl y Poulidor.

como les ha venido en gana, y aunque dudar de la clase de Poulidor y de Wolfshohl —llegado a la fama a través de la vía del ciclo-cross— sería absurdo, también hay que reconocer que las carambolas del triunfo se la han puesto como a Fernando VII.

En fin, para lavarse de la mancha de tanto desastre, a los españoles les queda el consuelo de pensar en la Vuelta a Francia. Acaso, allí, las cosas rueden de distinta forma. Acaso, haya que dar a Bahamontes la última oportunidad de su extraordinaria carrera, esmaltada de éxitos sensacionales y de «espantadas» memorables. A los treinta y siete años, no se le pueden pedir al «Aguila de Toledo», milagros. Ha corrido la Vuelta a España en plan conservador, guardando sus mejores energías para el «Tour». Es lo único que puede llegar a perdonarle el anonimato en que ha vivido estos días.

Pero mientras el «Tour» llega, el balance de esta Vuelta a España, iniciada bajo los mejores auspicios y terminada en medio de la indiferencia o el disgusto de los aficionados, se cierra para los ases españoles con una sola palabra: FRA-CASO.

J. J. CASTILLO

(Fotos EUROPA PRESS)

Los más felices, naturalmente, han sido los extranjeros, que se han encontrado con la victoria puesta en bandeja. En Pajares, la desbandada hispana fue general; y después la abulia y el conformismo han hecho ley. Ciertamente que los belgas, sobre todo, imprimieron un ritmo feroz a las jornadas intermedias, con el fin de evitar las escapadas de los hombres peligrosos. Pero el argumento no es suficiente para explicar el desastre de la falta de iniciativa, de coraje y de decisión.

A Pérez Francés, la caída de Sitges le fue como anillo al dedo para huir de la crítica general. Pero hasta aquel momento, bien poco había hecho. ¿Y qué decir de Bahamontes, Julio Jiménez, Otaño y Suárez, por no citar más que unos cuantos ejemplos?

No es cuestión de patriotería el sentirse molesto o deprimido por tan pobre rendimiento. Es que los «ases» españoles son mejores de lo que han demostrado, y capaces de un nivel de acción mucho más elevado. ¿Cómo, si no, explicar su categoría y su prestigio internacionales?

Si se admite esto, hay que buscar las razones de este desmantelamiento de nuestras posibilidades, en esos oscuros litigios y extraños bastidores que engendran la lucha inter-equipos. Nadie, en resumen, ha querido dar la cara para beneficiar a un posible rival.

Así, claro es, franceses y belgas han corrido



Rudi Altig, espléndidamente situado, se vio obligado a abandonar a consecuencia de una caída, sin que ello facilitara las cosas para los españoles.